

PREGON
DE LOS
“ESTUDIANTES”

Ángel Guerrero Fernández

Iglesia de San Francisco

Real Monasterio de San Zoilo

Domingo 6 de marzo de 2005

ANTEQUERA

PREGÓN DE LA COFRADÍA DE LOS ESTUDIANTES

ANTEQUERA, domingo 6 de Marzo de 2005

por Ángel Guerrero Fernández

Yo sé que ya está uno muy visto en estas cosas. Yo sé que hay que dejar paso a los jóvenes que empujan y en esta Cofradía más. Y sin embargo, cuando me llamó el amigo, Juan Manuel Ruiz Cobos, no le supe decir que no. Cuestión de fechas.

Año de 1959. Los jóvenes de entonces, no teníamos más diversión los domingos –porque se estudiaba incluso los sábados o se trabajaba hasta el domingo-- que ir al fútbol o al balonmano; al primero, donde hoy están las viviendas de la urbanización El Parque, y el segundo donde la Cruz Roja y el Seguro. Pero ¿y el resto del día? Ir a misa por la mañana con los padres; almorzar y la mayoría salía a eso de las 7 de la tarde, y, o iba al Cine Torcal o al Ideal

Cinema, o se recorría calle Estepa arriba, calle Estepa abajo, en un ir y venir de La Gloria a los Robledo, donde las mozas lucían sus encantos y echaban sus redes... a los mozos que andábamos locos tras ellas. Pero habíamos un grupo de amigos, más o menos de la misma edad, --mi hermano Pepe, los Sánchez-Pantoja, y alguno más-- a los que no nos gustaba ese plan y nuestra distracción consistía en escuchar el “Carrusel” de Vicente Marco, en la Cadena SER, cuando la Cadena SER se podía oír y no era lo que es hoy, mientras jugábamos con nuestro futbolín, que nos gustaba con locura. Era un futbolín hecho aprovechando una caja de frutas vacía de madera, en la que, con ayuda de algún carpintero amigo, los más *manitas* practicaban unos agujeros por los que meter cañas o varillas de madera, en medio de las cuales intercalábamos futbolistas hechos a base de moldear la madera, en escultores incipientes nos convertíamos, con mucho cuidado. Yo era

el que los pintaba, siempre con los colores del Bilbao y del Barcelona, que, por aquellos entonces eran los equipos que más seguidores tenían, sobre un “césped” de madera, pintado de verde y con las líneas “reglamentarias”.

Formábamos una pandilla que capitaneaba Joaquín Franquelo, unos años mayor que nosotros, pero con una habilidad especial para ser el primero a la hora de jugar al futbolín, o de darnos los consejos que hoy se saben los niños con trece años. Era un poco... el hermano mayor de cada uno de nosotros. Y hablábamos de todo, de la vida, de Antequera.

Un día, Joaquín Franquelo nos dijo que entre un grupo de amigos nuestros surgió la idea de –siguiendo las huellas de La Pollinica, el Rescate y el Mayor Dolor— hacer una Cofradía de Estudiantes, es decir, a base de los del Instituto “Pedro Espinosa” y otros centros más. Tenía Joaquín una especial relación con don Joaquín Muñoz

Velasco y con los Muñoz Rojas, y creo yo que fueron ellos los que le animaron a volver a procesionar unas joyas antequeranas, medio olvidadas, como el Cristo Verde y la Virgen de la Vera Cruz.

Sobre esa sugerencia, se reúnen un día en casa de Federico Anglada, él, José Luis Vidaurreta, Antonio Cabanillas y Antonio Carlos Cobos. Y con la fuerza de la juventud, quizá con su bendita loca fuerza, rayando casi la osadía, deciden poner en marcha una nueva Cofradía, de, por y para los Estudiantes, pensando tanto en los del Instituto “Pedro Espinosa”, como en los de La Inmaculada, Los Carmelitas y La Salle, que eran los grandes centros docentes de aquel entonces.

Partían de cero; pero de cero absoluto. No tenían nada... más que el hecho de poderse comparar con los Sarrailler, con los Talavera, los Gálvez, los Rojas, los Vergaras o

García Cabellos de las Cofradías “de siempre”, para tener la nuestra propia.

Los jóvenes de entonces no teníamos “paga” oficialmente instituida. Y la que pillábamos, se destinaba a alquilar tebeos o novelas a Vallejo, o a María la de Pocoveo, de manera que poco podíamos ahorrar, aunque lo intentáramos. Fue entonces cuando a Federico, Joaquín y su grupo de chavales, se les ocurrió que fuéramos en pandilla a la Plaza de Abastos, donde gustó muchísimo eso de tener una Cofradía en el barrio, allí mismo, en San Francisco. Pura Palomo Valle y su hermano José, La Purilla, Lola La Garrida, Manuel Carmona, los Hijano, Pura y Diego, los de la fonda, Juan Vegas el de la carnicería, Gallardo y un sinfín de hortelanos que tenían sus puestos y comercios en la Plaza, ayudaron en lo que pudieron. Y entre eso y el capital sin cuento de sus ilusiones, facilitó todo lo habido y por haber.

Con Joaquín trabajando casi en la sombra, se nombró una imprescindible Junta Directiva, para presidir la cual buscó a Federico Anglada, un joven algo menor que nosotros, con fama de empollón, que daba muy bien a la hora de hablar, pedir, exponer, organizar. Con él, Antonio Carlos Cobos, Antonio Cabanillas, José Luis Vidaurreta, y el propio Joaquín Franquelo, pero en un puesto menor, porque su modestia le impedía otra cosa, más los Jacinto Palomino, Antonio Fernández –que llegó a Magistrado, creo--; Enrique Porras, el del Dunia; Salvador Rivera, Manolo Jorge, José Luis Aguilera Cabello... Y presumimos de “camareras” logrando que la señorita – muy mayor, pero señorita— Clara Ansón, propietaria de una Platería que había más arriba de “La Mallorquina” en la calle Estepa, más o menos donde hoy está Unicaja, fuera la camarera del Señor, y que doña Rosario Checa, la guapísima esposa de Ramón Casaus, lo fuera de la Virgen.

No sé de dónde sacamos el trono, pero creo que lo prestaron los Servitas de los Dolores y los hachones creo recordar que eran del Consuelo; y a la Virgen se le puso un manto liso de terciopelo negro, prestado por don Pedro de Rojas Álvarez, de la Cofradía de “Abajo”, como las horquillas, con una corona de plata, y procesionó sobre un viejo trono de Capuchinos. Y sobraron “hermanacos” para sacarla procesión que desfiló por primera vez en Lunes Santo 21 de marzo de 1960. 21 de marzo del 60, una fecha.

21 de marzo de 1964, otra fecha. Había yo venido de la mili, y ya tenía 24 años. Una edad como para pensar en buscar novia. Aquel Lunes Santo, como los anteriores, excepción hecha de los que estuve en Zaragoza en mi Servicio Militar, ocupé *mi* puesto bajo el Cristo Verde. El 6, de las andas de la derecha. Os vais a reír, pero más de

uno les rezábamos a los Santos para que superar la timidez y poder dar el que era paso trascendental en las relaciones de aquél tiempo, de presentarnos a una chica. Yo, ese día, se lo pedía a mi Cristo Verde. Y será casualidad, pero al doblar la esquina de calle Lucena hacia Cantareros, tras pasar por Duranes, me fijé en una preciosa muchacha, falda gris, chaqueta azul, rebequita oscura, y un peinado de aquellos que os poníais las chicas de entonces, sujetando el pelo con un lazo o una felpa. Me quedé lo que se dice atontado cuando le vi la cara. Y lo grande es que me di cuenta que ella me miraba. ¡Milagro! Dije para mí. Y más milagro, cuando me la topé, siempre en la otra acera por la que yo pasaba con mi trono, varias veces durante el recorrido.

¡Me mira, Señor, me mira...!

Me mira... ¿verdad, Jesús?

Me ha mirado, me ha sonreído al alma...

Me mira, Cristo, me mira...

Me mira, ¿verdad Jesús?

¡Dime que lo has visto también tú!

Al día siguiente, ella salió alumbrando al Rescate, y fui yo el que le hice un marcaje que ríanse ustedes del más severo que recuerden. Y ella, siguió mirándome, y yo mirándola a ella. Hoy, 41 años después, me sigue mirando de vez en cuando, y entre tanto me ha dado cuatro hijos que son mi orgullo, y éstos, dos otras hijas, otro hijo, y, sobre todo, tres nietas que me traen loco. 21 de marzo de 1964, otra fecha.

1988... Dos semanas antes de la Santa Semana. Las una y media de la madrugada. Y Ángel, que no llega. No había por supuesto entonces, esos tan odiados a veces pero tan útiles siempre, teléfonos móviles, y no había forma de

comunicarse. No era niño de llegar tarde a casa. ¿Qué pasaba? Hacía frío aquella noche, y me abrigué bastante. Crucé Cantareros, Duranes, Alta y llegué hasta la puerta misma de San Francisco. Me llegó el sonido de una radio y pasé por la abierta puerta. ¡Qué estampa Dios mío! Allí estaba Ángel, escoba en mano, como Lola, como Juan Antonio, como Castilla, como Yayi y su hermano, como Paquillo, como otros... ¡Limpiando! Que iba a empezar la serie de funciones cuaresmales y había que dejar el templo como las ascuas de limpio. Unos limpiaban el suelo, otros pulían la plata, otros ordenaban los bancos... Comprendí, 20 años después, que aquella alocada idea de un puñado de jóvenes antequeranos, había cuajado y otra generación había tomado el relevo. Cuaresma de 1988, otra fecha, tercera fecha.

Por eso, no pude decirle a Juan Manuel, que no. Por cuestión de fechas. La del 60, y la del 64 y la del 88. Yo estoy en deuda permanente con el Cristo Verde, que me dio lo más valioso que tengo, de lo que vino todo lo demás. Por eso no podía decir que no. Cuestión de fechas, ya saben. Y aquí estoy. Encomendado a Nuestro Padre Jesús de la Sangre, que lleva, con orgullo, el menor de mis hijos; a María Santísima de la Vera Cruz, que lleva, firme y feliz el mayor; (el tercero, con su Lorena al lado, es el que hace las fotos de todo y ya salió con el Nazareno y el Cristo Verde, y la segunda, la que seguro que ganas le dan de hacerlo y algún año saldrá de penitente), pero sobre todo aquí estoy ante mi Cristo Verde, para salir airoso de este trance en que me encuentro. Para no decepcionar ni a Juan Manuel ni a la Directiva, ni a todos ustedes, que hacen su obra buena del día, acudiendo a esta severa y modesta, pero joya de templo, a escuchar a quien ya tiene

tanto hablado de estas cosas. Vaya por delante mi petición de disculpas, si menester fueran, y mis deseos más fervientes de corresponder así a “mi” Cristo. Por todo ello,

Padre Nuestro,

Alzado como de dolor al cielo bandera

Déjanos aquí tu Reino,

en esta tierra de Antequera.

Haz que se haga en nuestra tierra tu voluntad,

de la misma manera que se hace ya en el cielo.

El pan nuestro de cada día que sea de todos,

y más de quien menos tiene.

Perdona nuestras deudas

aunque no sepamos nosotros

perdonar a nuestros deudores

Y en la tentación caer no nos dejes,

Y del mal, Señor, libra por siempre.

A esta vieja tierra que te quiere.

Tras la justificación, con permiso de todos ustedes, una a manera de dedicatoria:

A mi amigo Juan Manuel, y a quienes lo apoyaron, por concederme algo que ya ni me esperaba: ¡soy Pregonero de los Estudiantes!

A mis madres dos, y a mis dos padres, de los cuales, Angel, me mandó certero: ***Dos mandamientos te doy; amar a Dios sobre todas las cosas, y a Antequera casi tanto como a Dios.*** Pues a ellos, Valvanera y Dolores, Antonio y Angel, que están en el Cielo. A todos los que allá fueron, pero de entre ellos, a un amigo mío, un señor, un caballero, que hace poco nos dejó. Subió, claro, derecho al Cielo. En la cola para entrar le vio San Pedro, y mandó a un arcángel a avisarle al Señor. De su trono un tumbo dio Jesús y le llamó... ¿Tú quién eres? Antonio Ríos, Señor. ¿Y qué haces ahí? Señor, aquí espero...

¿Esperar tú? ¡Ven para acá, Antonio amigo, ven para acá el primero!

Ilustrísimo señor Alcalde presidente del Excelentísimo Ayuntamiento de Antequera; reverendo padre...; querido Hermano Mayor de la Cofradía de Los Estudiantes; querido presidente de la Agrupación de Cofradías, queridos pregoneros y presentadores, queridos amigos directivos y cofrades; señoras, señoritas y señores.

Cuando entre 1959 y 1960 echó a andar esta Cofradía, yo creo que ninguno de nosotros teníamos la menor idea, de que tuviera la antigüedad que Pepe Escalante, ha averiguado, comprobado y documentado después. Me viene a la memoria un caso parecido: el 29 de junio de 1955, un labrador, arando, descubría en “Las Piletas” lo que él creyó era un cadáver –tieso, verdoso—y luego la

Guardia Civil, que llegó presta a la finca de don Nicolás Jiménez Pau, comprobó que era una estatua, la cual se guardó muchos años en el granero de la finca, entre el trigo y la matalahúga. Desde allí, la llevaron a la casa del dueño, en calle Lucena, y fue su hija política, una de las mujeres más guapas que dio esta tierra, doña Enriqueta Cuadra Rojas, la que la tuvo --yo la vi-- en el rellano de la escalera que conducen del patio a la primera planta. Allí, un día, una importante visita, --seguro que fue mi amigo Manolo Cascales-- advirtió de esa joya que todos convenimos hoy es “El Efebo de Antequera”, orgullo del Museo de Manolo y de toda Antequera... Muchos años después, sería en Berlín donde la consideraran la “más bella pieza romana del siglo I”... ¡Cosas de esta Antequera que tanto tiene por fuera, como tiene por dentro...!

Pues algo así pasó con aquella Cofradía “de los Niños” como nos llamaban las hermandades “mayores”. Por aquel

entonces, San Francisco estaba medio en ruinas y pocos, muy pocos, conocíamos sus imágenes. Escogieron, aquella que nos parecía tan antigua como la del Cristo Verde, y la bellísima Dolorosa de la Vera Cruz, cuya hermandad resultó luego que databa de 1525 a 1530. ¡Digo, de 1530! Y pocos sabíamos también, que la Cofradía de los Flagelantes del Cristo de la Sangre, que tiene su capilla propia en la iglesia, -- y que “sacamos” por primera vez en 1963 (a mí me pilló en la mili, en Zaragoza, pero tuve noticias puntuales por las cartas de mis padres y las noticias de “El Sol”) subía por primera vez el 12 de septiembre de 1543 desde San Francisco al Cerro de la Cruz. Es decir, desde el sitio donde el Infante que hizo cristiana a Antequera instaló su campamento base, al otro cerro que domina la ciudad, quizá desde donde Don Fernando, sus obispos y capitanes, contemplaron a gusto esta entrañable y vieja tierra, con nombre... eso, de

antigua. Vamos que nos pasó como con “El Efebo”. Todas esas cosas, descubrimientos, averiguaciones, surgieron después. O que en los años 20, 30 ó 40, salieron en la procesión del Santo Entierro, a veces Nuestro Padre Jesús de la Sangre, a veces la Virgen de la Vera Cruz. Por esa enorme antigüedad le cambiarían el nombre, aunque para muchos de nosotros se siga llamando “de Los Estudiantes”. Por eso se buscó de escudo, no el bellissimo y floreado que ahora luce, sino una pluma, una cruz, una rama de olivo o una palma. Fijaos, hermanos, lo que ha ido cambiando la Cofradía: de ser una cosa casi de jóvenes alocados –bueno, entonces, no había tanto joven alocado, o al menos eso nos creíamos--...

“¡Quién dice que la juventud es loca!

¡Quién que no sabe ni conoce!

¡Quién que no advierte que con su ejemplar silencio,

fervor no es que provoca, es que enloquece!

*Van deslizándose sombras,
Mientras las luces del día se escapan
Que no hace falta ya el sol,
Pues hay otro Sol en las calles
De esta vieja Antequera,
Que con pasión el Lunes Santo espera.”*

... de gente, digo, con más voluntad que otra cosa, con ilusión sin cuento, se ha convertido en lo que es, orgullo de la Antequera cofrade, primer paso de cofrades, de hermanacos, como La Pollinica lo es de los penitentes.

Si eso ha cambiado, ha sido porque aquella semilla humilde, modesta, germinó y arraigó con la fuerza que las procesiones de hoy demuestran, con lo que habéis avanzado, sorprendiéndonos al tiempo que nos enorgullecéis. Y porque los Muñoz Rojas -- Ángel Pedro

Guerrero Clavijo el más joven hermano mayor que la Cofradía tuvo, Juan Antonio Sánchez de secretario y de testigos José María González y Joaquín Jaén-- os entregaron, tras una justificación que por pudor omito, el patrimonio celosamente guardado durante siglos, que hoy es el más antiguo, y quizá por ello el más valioso de cuantos procesionan en nuestra Semana Santa.

Habrà quien piense que son lógicas estas loas, y hasta exageradas. No. Os invito a que comprobéis el Lunes Santo, antes de salir, sin que nadie les llame, cómo se pone esto de antiguos cofrades, de hermanacos antiguos. De los 60, de los 70, de los 80, de los 90... Y yo creo que sé la razón para que no falten: a las grandes cofradías, a las más antiguas, las queremos, las veneramos... pero ésta, tan modesta, es que es nuestra: la hicimos nosotros, los mayores; las habéis engrandecido, vosotros, y lo hacéis en la forma que nos asombra: basta con comprobar aquella

capilla ruinosa, aquella iglesia medio hundida, aquellas imágenes polvorientas, aquel patio empedrado, aquellas espadañas medio cayéndose, con la maravilla que hoy tenéis. Hay cosas que no cambian: si antes eran Juan Carlos Cabrera, el que se subía en la escalera, apoyada en la cruz con cuidado, para quitar y luego poner, tras pasar la portada dorada de la fachada la parte de arriba de la cruz, lo hizo luego mi Ángel Pedro, y ahora Juanma. Y la emoción que nos embargaba, es la que os embarga a todos, momentos antes de salir, entre los gritos de los hermanos mayores pidiendo silencio y que no hablen más que ellos, lo que nunca consiguen. Y el esfuerzo de las camareras, el mismo que antes, quizá entonces con muchos menos medios, porque nuestros tronos sean dignos de la Semana Santa de Antequera, porque... ¿cómo lo diría? Por no desentonar de los otros. Hoy, hermanos, no puedo sacar la procesión, pero no sabéis lo que os perdéis no pudiendo

ver cuando enfiláis la Plaza de San Sebastián, como diciendo: *¡Ahí, vamos, Antequera!* Y suena primero una banda, y siguen unos penitentes, y detrás las dalmáticas, llenado de aroma a incienso de fachada a fachada toda la calle. Y detrás, bajo palio, el único Cristo que bajo palio, estos días, procesiona; y detrás más penitentes y, en medio de un monte de claveles rojos, el Verde Cristo de mi alma y más penitentes y el palio antiquísimo, gastado el oro de sus bordados por el roce del aire, Maria Santísima de la Vera Cruz. Y entre unos y otros, el toque ronco, impresionante, del tambor de luto, o la música sacra sonando imponente, para cerrar una Banda de Música de lujo, interpretando una marcha hecha ex profeso para la Cofradía, única que la tiene propia, con el Señor del Mayor Dolor, aunque ésta no se oye, en la Semana Santa de Antequera. Por cierto que siendo presidente hermano mayor Ramón Guerrero, mi hermano, se atrevió --¡locuras

de la juventud!—a pedir, que viniera... a ¡La Legión! Y la Legión vino un Lunes Santo, para tocarle al Cristo Verde, a Nuestro Padre Jesús de la Sangre y a la Virgen Santísima de la Vera Cruz, años después de venir para el Socorro y antes de hacerlo para el Mayor Dolor. Y fue un teniente legionario quien dio el “¡Arriba!” al Cristo Verde, en un momento, me dijo, de los más emocionantes de su vida... Tanto que repitió al año siguiente... ¡La Legión con los humildes Estudiantes! ¡Quién lo dijera! ¡Locuras de juventud de los Estudiantes de Antequera!

Siguen repitiéndose hoy, paso por paso, aquellos gestos, trabajos, esfuerzos, desde 1960. Todo para que llegue el momento increíble de ver salir la procesión... De ese momento casi mágico en que, tras la oración conjunta, y la directiva arenga, suena la campana primera del trono de la Virgen, el primero en salir.

No se cabe en la plaza. Es imposible que entre esa muchedumbre se puedan abrir paso los tronos... Y se abren. Primero sale, digo la Virgen, con un paso muy quedo, muy despacio, que así saca Antequera sus tronos. Y por vista que la tengan, le brotan mil piropos, que hacen enrojecer a Isa, vestida de penitente, claro, junto a Lourdes, Mary Carmen, Puri, Paqui y otras amigas. Os diré por qué. Porque Isa pone el alma en arreglar a su Virgen —cada año estrenando algo, por cierto, que le trajo Pepe Romero—, y le busca las más maravillosas flores, las más extrañas y bellas, porque se lo merece Ella; le busca el ángulo justo de luz, para que mejor se vea... Ella; repasa, con Pepe Romero, mil veces la caída del manto, la posición del rostrillo, para intentar, barroca que es Antequera, que esté más bella... Ella. Pero no basta con eso, sino que hay que ver cómo reacciona la gente. Isa, vestida de penitente, se va hacia fuera, y mira a la Virgen

y a la gente mira. Y cuando empiezan a llover los piropos,
es como si a ella se los dijeran. *¡Gusta a la gente! ¡Pues,
claro, Isa, pues claro!*

*“Pañuelo fino, precioso;
apriétalo, no lo dejes,
porque sientas el consuelo,
nosotros que somos pañuelo y cielo,
por saberte acompañada
¿quién no quiso,
millones, mil, muchas veces,
tenerte así consolada...?”*

*De piropos encendidos,
con amor la van colmando,
¡cuántos mimos de su gente,
cómo cuidan de Isa y Pepe el trabajo,*

*esos jóvenes hermanacos,
que la cimbrean, paso a paso,
a compás de uno a otro lado,
en la tarde-noche tibia y santa,
del más hondo Lunes Santo,
Es la Virgen de la Vera Cruz,
que llorando oculta su pena,
apretando su pañuelo,
mientras mira abajo y llora,
que ha muerto su Hijo amado.”*

*En el trono apenas caben, cuarenta,
cincuenta hermanos,
que como hermanos se apiñan
--¡Ángel, un poquito para ti a la derecha!
Pedrote, así pero más despacio!,
la voz de Cherino grita,*

conduciendo magistral el paso.

¡Qué cimbreo de cintura,

qué mecidas más cortitas!

¡Duro con Ella, valientes!

--¡Ángel, un poquito para ti a la derecha!

Nicolás, así pero más despacio!,

Y se hundan los balcones,

de tanta gente admirando,

que quieren tocar las caídas,

del palio de la Virgen centenario,

y en camino de jazmines,

plenos de azahar los naranjos,

perfumados por la brisa,

va mi Virgen caminando.

--¡Ángel, un poquito para ti a la derecha!

Yayi, así, pero más despacio!

¡Qué cimbreo de cintura,

qué mecidas más cortitas!

¡Duro con Ella, valientes!

*** Nuestro Padre Jesús Nazareno de la Sangre**

¿Cabe mayor simplicidad, pero al mismo tiempo más belleza, más grandiosidad que la del trono de Nuestro Padre Jesús de la Sangre? Fácil lo tiene, pero mejor lo hace, María del Carmen Villalón, aquella pregonera, antequerana primera, que ocupara el puesto de la Verónica en su sublime Pregón del año 2000, para adornarlo. Porque no necesita adorno. El trono, el palio, y Nuestro Padre. Ya está. ¡Pero qué delicadeza de flores, con qué gusto puestas, cuántos mensajes en cada una de ellas! Mary Carmen Villalón... ¡de casta le viene al galgo!

*“Silencio profundo y denso,
que un ronco tambor desgarrar,*

silencio de luz y de sombra,

silencio que al alma llega;

silencio de un Dios inmenso,

Señor, Cristo

dulce Padre mío de la Sangre

Cristo que abraza al revés,

la cruz de plata y carey.

Que siendo Dios y siendo Rey

llevas descalzos los pies,

mientras Antequera te aclama.

¡Silencio, Antequera, silencio!

Silencio profundo y denso,

que tan sólo un ronco tambor rasga,,

silencio de luz y sombra,

que pasa Nuestro Padre

Santo Jesús de la Sangre.”

Y, lo llevan, para mí, con el mejor “paso” de hermanacos de la Semana Santa. Juan Antonio Castilla --¡por cierto, cómo olvidar lo que desde hace tantos años hace su padre por y para la Cofradía, en la sombra, como Joaquín Franquelo!--, ha logrado contar con uno de los mejores equipos de hermanacos de la Semana Santa. Casi sin hablar, con sólo gestos, “manda” en el trono. No es por que sí, sino porque Juan Antonio, --lo comprobaréis el Viernes de Dolores, en el especial de nuestro “Sol”,-- se reúne durante todo el año con sus hermanacos. En actos religiosos, en actos festivos, con cualquier motivo, dando ejemplo de lo que debe ser un hermano mayor. Por eso hay peleas por salir con él. Por eso logra esas mecidas, impresionantes, con los vuelos de las bambalinas a un lado, y los varaes a otro; levantando admiraciones sin fin. Con orgullo, pero con sencillez. ¡Bien por ti, envidiado Juan Antonio!

*“Viene lento, muy lento,
casi no se mueve el paso.
porque mecen sus niños
los temblores de su palio.
Y son miles las miradas
que Jesús atrae a su paso,
en azoteas, balcones y patios,
con macetas de geranios,
con naranjos de azahar estallando,
mientras jóvenes llorando,
para adentro, pero llorando,
paso a paso, caminando muy despacio,
a Jesús por Antequera van llevando.”*

*** Cristo Verde**

Rodando por el viejo suelo, sale, poco a poco, el Santísimo Cristo Verde... Puri Campos, a su lado... A todo esto, ¿habéis advertido que el sol se puso? Y entonces, ¿cómo vuelve a salir para besarle, por Antequera, la cara? ¡Ay! Milagros de mi Antequera, de esta Antequera, que atónica al momento asiste. Y como hay quien lo sabe, por debajo de los pétreos cordones de la vieja fachada aguarda a que, a pesar de que se ha puesto, vuelva a salir el sol, para al Cristo, darle un beso en la cara... “*Está bonito, Angel?*” Pregunta Puri a mi lado... ¡Pues claro, Puri, pues claro, como tú lo has adornado!

“Jóvenes hermanacos penitentes:

bajo las duras maderas, los duros hierros

suavizados por las almohadillas,

que vuestras madres o novias preparan,

se hundan vuestros hombros valientes.

Nunca la muerte fue buena,

Cristo de la Buena Muerte,

Cristo mío Verde del alma,

por eso sin vida al verte,

mi angustia muere de pena

y de pesar mi alma se inflama.”

Ni por San Francisco se puede,

ni en la Calzada más gente cabe,

pero entre las sombras avanzan,

los verdes cirios que arden,

verde color de esperanza,

que el dolor del alma mitiga,

mientras nada en la calle se mueve.

Y por no saber qué decir,

ni qué rezar, la gente aplaude,

*cuando entre silentes hermanacos,
entre muy serios cofrades,
entre encendidos hachones,
portan de Cristo la imagen,
de verde color de esperanza,
con la cruz que se clava,
como una herida sangrante,
como espadaña llorosa,
que a su Cristo echa de menos
cuando ha salido hace un instante,
en la noche tibia y santa,
del antequerano lunes santo,
para que recorra las calles,
siglos y siglos rememorando
mientras nada en la calle se mueve
Y por no saber qué decir,
ni qué rezar, ¡la gente llora y aplaude!*

Pero, estos tronos tienen unos momentos espectaculares que recordaros quiero: la salida y el encierro. La salida, con la Plaza de San Francisco como antes dije, tiene una estampa irrepetible: la del momento en que los tres tronos se levantan al mismo tiempo, quedos, muy despacio, hacia el cielo antequerano, mientras suena la música de los Verdes de la Santa Vera Cruz de Almogía, los del Cristo-Señor, Hermano. Si os dais prisa y os asomáis, a lo mejor llegáis a tiempo de ver la salida del año pasado...

Otro momento, la entrada en la calle Infante. Se quiera o no, es el sitio principal de Antequera, y hay que lucirse. Por nosotros no; por lo que llevamos, por lo que lleváis, encima. Y se alarga el paso, a los sones exactos de la Música, y se mecen los tronos con gracia, en supremo esfuerzo. Los estudiantes, no tienen que envidiarle a nadie ni a nada.

Y llegamos a Duranes. Si antes los Estudiantes pasearon para Antequera, ahora les toca, a ellos y para ellos, el paso, y para ellos la mecida, y para ellos las marchas, y el cimbreo para ellos, y para ellos los aplausos, para ellos...

Y para ellos, el casi tocar los balcones a cada mecida, y para ellos el paso corto, justas la medida. Para ellos...

Por inventar e innovar, a Los Estudiantes nos los iguala nadie. En el último suspiro de la noche del Lunes Santo, cambian la calle Diego Ponce por la de Duranes. Travesía llena de gente por la mañana para comprar, vía repleta de cofrades por la noche del Lunes Santo para ver a Jesús pasar junto a su Madre. Calle estrecha que permite tocar los tronos, tener más cerca de las imágenes. Sones de “Luna de Triana” y “Cristo de la Sangre”. Los hermanacos mecen toda la calle de un tirón, animados el rezo cofrade, hecho ¡vivas!, hecho pétalos que de los balcones, del cielo caen, de los devotos que acompañan al Nazareno de la

Sangre, caminando al ritmo de las cornetas y tambores de Almogía, bajo la voz de su hermano mayor. El empuje cofrade llega a San Francisco, pero Cristo va muerto en la cruz. Luto tras la pasión por el Nazareno. Pasa el Cristo Verde por la calle Duranes. Capilla musical marca el llanto por la muerte de Jesús clavado en la cruz. Pero de fondo, ¿estáis locos, chavales? ¿después del luto, ROCIO? ¡Pues claro que sí, bendita locura de la juventud! Suena “Rocío” porque llega la Madre, y vuestras camareras y vosotros, al verla tan triste, le dijisteis, ***“¡No llores, Tú, Madre mía! Si de aquí a nada resucita y para siempre lo tendrás contigo... No llores tú Madre mía...!”*** ¡Bendita locura de juventud! Por eso suena “Rocío”, cuando pasa la Virgen, esperando a la Resurrección de su Hijo, cerrando la calle estudiantil que inventaron, innovaron, Los Estudiantes... Es, comprobadlo, mágico el momento de desfilar por calle Duranes, que está hecha, como digo, no

para comunicar el centro con al barrio de San Francisco y Santiago, sino para la procesión de Estudiantes. Y en septiembre, para mi Santa Eufemia.

Pero hay un momento, que no es momento, es ¡Antequera en Semana Santa!: El encierro. Veréis: delante de cada iglesia, Antequera tiene una plaza que es muy especial, que no se parece a ninguna, que es...¡antequerana! Pues, terminada la procesión en la Plaza de San Francisco, no se cabe. Y a estas alturas de la fría madrugada, en San Francisco que no se cabe.

Y llega primero Jesús, Nuestro Padre Jesús de la Sangre, y se pega a esa plaza que no es del Pino, como del Pino la llaman; y llega luego el Cristo Verde, a esa Plaza que de San Francisco la llaman, sin que de San Francisco lo sea, que es un trocito del cielo, bajado hasta Antequera. Y llega luego la Virgen, orgullosos sus hermanos, con suaves

mecidas, con hermoso cimbreo, como olas que van y que vienen, entre el mar de la gente que en San Francisco espera el instante. Y, de pronto, sin que nadie sepa cómo, ni quién lo manda, los tres tronos que se mueven. Hacia delante y hacia atrás, como olas que vienen y van, entre el mar de la gente, que en San Francisco, ríe, llora, reza y aplaude. Y parece que van a chocar, de tan cerca juntarse; y vienen y van, y van y vienen, y parece que van a besarse de tan cerca tener sus caras, Cristo Dios y María su dulce Madre. Y suenan las marchas, y surgen los vivas, y la gente, por no saber que hacer, ríe, llora, reza y aplaude... Y suenan las marchas, y se oye la de los Estudiantes, y la gente sin saber qué hacer... Son jóvenes, pero tiene que pesar sobre los hombros jóvenes el largo paseo... ¡Qué va a pesar! Los hermanos mayores ordenan parar, pero parar no pueden, que a los que hoy la llevan, desde el cielo, los hermanos que se fueron, ayudan a tirar de los bellos

tronos... ¡Qué van a parar! Si es como si el cielo se abriera, y se uniera a la gente que, por no saber qué hacer, ríe, llora, reza y aplaude...

Cuestión de fechas. Todo cuanto les digo, cuestión de fechas. Y hablando de fechas, les digo que en llegando el 21 de marzo, más primavera imposible, las calles de Antequera, dan marcha atrás a los siglos. Y como hace ya casi quinientos años, Nuestra Padre Jesús de la Sangre, el Santísimo Cristo Verde, Nuestra Señora de la Vera Cruz, piden paso entre las gentes ¡Los Estudiantes! Y, entre el olor a azahar que brota por Coso Viejo, San Sebastián y el que llega de la Alameda; entre el humo de bengalas de las velas que portan silentes hermanos, a los sonos del tambor de cuero roto, hoy como hace casi medio siglo ya, pero en el fondo como hace casi cinco, Jesús y María recuerdan a los antequeranos su amor, su sacrificio, su pena. Y

vendrán antiguos hermanacos de Málaga, de Madrid, de Jerez, de Sevilla, de todos lados. Y se apretarán las manos quienes por Ellos se conocieron, se casaron o fueron padres. Y se abrirá, si es que la hay, alguna nube del cielo, para dejar paso a los que desde el cielo asoman, y estará allí don Antonio Ríos el primero, porque su Jesús así lo quiso, el primero. Y Pura y Pepe Palomo, Y Pura Guerreño y Diego Porras, y Manolo Carmona, y Lola La Garría, y los Hijano, y Juan Vegas... y absortos ante tanta grandiosidad, ante tan sencilla belleza, nadie reparará que no son dos, sino tres los angelitos que, desde el año pasado, ¿verdad Santi?, llevan el cordón de Nuestro Padre Jesús de la Sangre.

Por eso les digo que en llegando el 21 de marzo, más primavera imposible, las calles de Antequera, dan marcha atrás a los siglos. Pero antes, a todos en la noche del día

18, el más grande Viernes de Dolores, a todos convoco. Como hace cinco años se hiciera, Antequera, la cristiana Antequera, marcha atrás le dará al reloj del tiempo. Y con su viejo trono, con su simple adorno, por las calles recoletas, estrechas, rozando los balcones desde donde flores y pétalos le llueven, por las pinas cuestras, hasta el Cerro de la Vera Cruz, subirá nuestro Padre Jesús. Vía Crucis de Penitencia. Lo de menos es el motivo. En realidad, lo que importa es que sube; es que vamos a tener la dicha, tras honrar en Belén a su Virgen, de ser como los antequeranos de hace siglos, quinientos años... Y tras largas filas de penitentes, entre una multitud entre la que costará trabajo abrirse paso, con mecidas suaves, a hombros de mil hermanacos que por llevarlo disputan, subirá hasta el Cerro de la Cruz, Nuestro Padre de la Sangre Jesús... ¡Que no se lo pierda nadie, que nadie podrá olvidarlo! Allí la vieja capilla, gracias a Jesús Romero

reconstruida, viejo empeño de los Muñoz Rojas al fin logrado; enfrente, tras toda Antequera a sus pies, Papabellotas iluminado, iluminadas las torres, con la de San Sebastián y la sacra reliquia de Eufemia, la niña Santa, nuestra protectora, enseñoreando, aunque de media noche se trata, saldrá el Sol por Antequera. Un sol muy especial, que lucirá más y más, cuando a la Ermita se vaya acercando, porque hasta el Cerro de la Cruz, sube, pasito a paso, con mecidas suaves, a hombros de mil hermanos, Nuestro Padre de la Sangre Jesús...

Yo sé que ya está uno muy visto en estas cosas. Yo sé que hay que dejar paso a los jóvenes que empujan y en esta Cofradía más. Y sin embargo, cuando me llamó el amigo Perry, no le supe decir que no. Cuestión de fechas: 1960, 1964, 1988...

Y hablando de fechas, a los cuatro vientos pregono, que en llegando el 21 de marzo, más primavera imposible, las calles de Antequera, dan marcha atrás a los siglos. Y como hace ya casi quinientos años, Nuestro Padre Jesús de la Sangre, el Santísimo Cristo Verde, Nuestra Señora de la Vera Cruz, piden paso entre las gentes: ahí los tienes Antequera; ábrele paso por tus calles, que están llamando a ellas... ¡Los Estudiantes! He dicho.